

Rol crucial de la diplomacia de la ciencia ante los retos del siglo XXI en Colombia y el mundo



Por Ángela Posada-Swafford

Egresada del Instituto Tecnológico de Massachusetts, MIT. Periodista y novelista colombiana americana con treinta años de experiencia como asesora en comunicación de la ciencia. Premio de Periodismo Simón Bolívar 2017. Miembro de numerosas expediciones antárticas y oceanográficas internacionales. Autora de la colección de novelas de ficción para jóvenes “Juntos en la Aventura” y del libro “Hielo: bitácora de una expedicionaria antártica”.

La diplomacia de la ciencia podrá no ser nueva en el mundo, pero en Colombia sí lo es. Si bien en el país hay un creciente interés académico en su estudio, esta rama de las relaciones internacionales aún está por formar parte oficial del ecosistema diplomático de la nación. Pero forjar lazos internacionales a través de la ciencia, entrar en acuerdos cruciales para la protección ambiental y de salud y tener en nuestras embajadas agregados específicamente entrenados en las complejidades de la ciencia ahora es más relevante y necesario que nunca. La diplomacia científica juega un rol vital en el futuro de la cooperación internacional respecto de las emergencias ambientales, la salud global, la seguridad nacional, el desarrollo sostenible y la gran sombrilla que todo lo cubre: el cambio climático. A la luz del covid-19 y de las pandemias que vendrán en el futuro, esta delicada tarea requiere personal especializado, con científicos que sepan diplomacia y diplomáticos que sepan ciencia,

y necesita personas que sean capaces de comunicar bien ambas cosas, para tender puentes entre estos dos cruciales mundos que necesitan actuar unidos a como dé lugar. En suma: si hay un aspecto clave de la diplomacia para el futuro, es el de la diplomacia de la ciencia.

Pandemias, cambio climático, seguridad alimentaria, escasez de agua, deforestación, empobrecimiento, energía, basura espacial: básicamente todos los retos del siglo XXI tienen dimensiones científicas y ningún país va a ser capaz de resolverlos por sí solo. Estos son desafíos transfronterizos, ciegos a la persuasión política, a las sanciones económicas, a las opiniones de los partidos y a las acciones militares. Además, son desafíos transgeneracionales y fundamentalmente nuevos, cuyo impacto potencial en la política exterior, la seguridad nacional y el crecimiento económico futuro de los Estados apenas sí comienza a entrar en nuestra conciencia colectiva. De

ahí que las herramientas y tácticas de la política exterior necesiten adaptarse a un mundo donde la complejidad tecnológica y científica aumenta exponencialmente, una circunstancia que, de cara a la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas, se hace especialmente urgente.

La diplomacia tradicional está relacionada con el territorio y el lugar. Fue organizada desde el principio por Estados nación soberanos con fronteras y límites claramente definidos. Aquellos que ingresaban al servicio exterior por lo general provenían de campos como la historia, la economía, el derecho y las ciencias políticas: la argamasa principal de las escuelas de política exterior. Estos antecedentes ayudan con el conjunto estándar de responsabilidades diplomáticas para relacionarse con los funcionarios del país anfitrión. Pero sucede que ya no son suficientes, ni es suficiente con simplemente escuchar a los científicos desde sus ciudades e instituciones de origen (Pyenson y Dehgan 2020).

Ahora, el paso necesario para diversificar y mejorar la composición de nuestras instituciones de relaciones exteriores es llevar a los científicos “a las trincheras” internacionales, ponerlos al frente para resolver nuestros problemas complejos más urgentes. Los jóvenes científicos de Colombia tienen experiencia técnica de alto nivel y habilidades creativas para resolver problemas. Muchos tienen facilidad para comunicar ideas complicadas o están dispuestos a aprender a hacerlo y hacen gala de habilidades en redes sociales, igualmente importantes para las relaciones internacionales. Colombia necesitará diplomáticos con este tipo de perfil. Se

deben crear oportunidades para integrar a los científicos en las primeras líneas de las embajadas y misiones colombianas en el extranjero, así como abrir a los diplomáticos interesados, en suelo tanto nacional como extranjero, una ventana al conocimiento científico.

La ciencia es una fuente de lo que Joseph Nye, el exdecano de la Escuela de Gobierno Kennedy de la Universidad de Harvard, describió como “poder suave”. Esto, porque la comunidad científica a menudo trabaja más allá de las fronteras nacionales en problemas de interés común, y por eso está bien situada para apoyar formas emergentes de la diplomacia que requieren alianzas no tradicionales de naciones, sectores y organizaciones no gubernamentales. Ese intercambio puede contribuir a la formación de coaliciones y la resolución de conflictos, y a veces puede proporcionar una ruta eficaz a otras formas de diálogo político (The Royal Society 2010). En otras palabras, la diplomacia científica, o diplomacia de la ciencia, consiste en usar las colaboraciones científicas, tecnológicas y académicas entre países, regiones y sociedades para resolver problemas comunes y construir relaciones internacionales sólidas.

Dos de los ejemplos más conocidos de acuerdos basados en ciencia son el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC), creado en 1988 por la Organización Meteorológica Mundial, y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, cuya tarea es proveer conocimiento científico exacto y comprobado sobre el cambio climático y sus repercusiones ambientales, económicas y, por supuesto, sociales. Otros ejemplos de ese tipo de colaboración se dieron en la



#ELMAMBODEVOZAVOZ | Verónica Lehner
Cosas que pasan, 2020

segunda mitad del siglo XX, cuando la diplomacia científica tuvo mucho que ver en acuerdos tales como el Tratado Antártico, el Convenio de Viena para la Protección de la Capa de Ozono o el apretón de manos en el espacio entre las cápsulas Apolo y Soyuz; y mega colaboraciones recientes, como la Estación Espacial Internacional y los aceleradores de partículas de la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN) en Suiza y el Synchro-

tron-light for Experimental Science and Applications in the Middle East (SESAME), en Jordania.

La diplomacia científica funciona porque la ciencia es una actividad global, cuyo conocimiento se puede replicar y verificar, y cuyos resultados, cuando son nobles, pueden inspirar a tomadores de decisiones a acoger ese conocimiento para mejorar las condiciones de vida y el futuro de sus propias naciones. Es una práctica que además

puede crear el andamiaje para que prosperen nuestras relaciones oficiales al brindar confianza, transparencia y compromiso, cosas que de otra manera serían difíciles de lograr. Muchos científicos colombianos formados en el extranjero ascienden a puestos de liderazgo en otros países. Ellos, por ejemplo, son enlaces estupendos para acercar a Colombia a esa otra nación, con los cánones de la diplomacia.

Comprometerse con la ciencia puede también aliviar las tensiones subyacentes que conducen a un comportamiento improductivo y tender puentes sobre divisiones no solo geográficas, sino culturales y de idioma. Y, como si fuera poco, a medida que las conexiones globales entrelazan las economías, la diplomacia científica puede crear vías que sustenten la propia competitividad de Colombia, así como la de todos los países.

“Pero todo esto significa que las organizaciones científicas globales y los investigadores individuales deben reconocer que su contribución a la sociedad es más que solo construir conocimiento”, dice Peter Gluckman, presidente de la Red Internacional de Asesoramiento Científico Gubernamental (INGSA). “Necesitamos que la diplomacia de la ciencia tanto formal como informal ayude en la navegación del difícil camino que tenemos por delante” (Gluckman y Turekian 2020). Un ejemplo luminoso de la diplomacia científica informal sucedió en 1957, cuando 22 expertos independientes de diez naciones se reunieron espontáneamente en Canadá para hablar sobre la amenaza de las armas termonucleares a la civilización. Eventualmente, lograron atraer la atención de altos funcionarios en sus gobiernos, y desde entonces las reuniones siguen te-

niendo lugar, con el título de Conferencias Pugwash (Posada-Swafford 2020).

Es verdad que la diplomacia científica se ha tenido que reinventar, a medida que aumenta la conectividad digital entre personas y organizaciones y que nos damos cuenta de la compleja red que suponen los avances exponenciales de la ciencia. Por esa razón los actores involucrados en la diplomacia científica deben incluir no solo a los Estados nación, sus ministerios, cancillerías y embajadas, sino a las organizaciones multilaterales globales, el sector académico, las academias de ciencia, los centros de investigación, los científicos individuales, las ONG y el sector privado, donde la internalización de las empresas es crítica. De hecho, como explicó Lorenzo Melchor, de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología, en lugar de solo relacionarse con la capital de un país deberían hacerlo con los polos de innovación. Esta transformación de la diplomacia la traté reciente en un artículo en el diario *El Tiempo*: “Los estados ya no son los únicos actores en el tablero de juegos internacional, sino que aquí entran otros con los cuales diseñar estrategias creativas e innovadoras. Por ejemplo, enlazar a Facebook, Google o la región de Silicon Valley, de una manera más directa, con el despliegue de embajadores científico-tecnológicos” (Posada-Swafford 2020).

Covid-19 y diplomacia científica

Existen algunos sistemas que permiten responder a un brote pandémico, como la Organización Mundial de la Salud, pero si algo hemos aprendido del virus Sars-CoV-2 es que se necesita mucho más en términos de cooperación internacional, rapidez en las acciones implementadas y

transparencia. ¿Qué vamos a hacer, cómo nos vamos a preparar para cuando llegue la próxima pandemia? Porque es evidente que llegará, ya que las pandemias son problemas ambientales y sociales que se repiten inexorablemente.

En este momento, según informa el Dr. Peter Daszak, de Eco Health Alliance, pululan alrededor de 1,7 millones de virus desconocidos en el organismo de toda clase de animales con el potencial de pasar a los humanos en cualquier momento y de ocasionar la próxima pandemia. En 2017 las Naciones Unidas establecieron la Junta de Monitoreo Mundial de la Preparación, como un nuevo mecanismo de observación de las pandemias mundiales, uno de cuyos capítulos: “Prepararse para lo peor”, pronosticaba la necesidad de prepararse para algo como el coronavirus actual. Los sucesos de 2020 demostraron a las claras que no estábamos preparados y pronostican que tampoco lo estaremos para la próxima pandemia. Si bien estamos mejor equipados que nunca, con diferentes iniciativas globales, conservamos un modelo mental según el cual las pandemias son desastres para los cuales es imposible contar con la suficiente preparación.

Sin embargo, es de esperar que la pandemia de covid-19 dé lugar a que la ciencia y la tecnología tengan una voz más fuerte en las relaciones internacionales y la acción diplomática, a medida que la diplomacia de la ciencia, en palabras de Lorenzo Melchor, “trata de redefinirse en el contexto de la crisis”.

¿Necesita Colombia una estrategia de diplomacia científica? La respuesta es un sí rotundo. El país cuenta con mecanismos para informar y apoyar un esfuerzo diplo-

mático de calidad. Cuenta con la Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales (ACCEFYN), con empresas de biotecnología y tecnología, con 278 universidades y varias otras organizaciones que seguramente estarían dispuestas a subirse las mangas para trabajar en nuestras relaciones internacionales en materia científica y diplomática.

El rol de la diplomacia científica es ayudar a encontrar soluciones a problemas comunes y probables controversias, al tiempo que se facilita la movilidad del talento dedicado a la investigación, el fortalecimiento científico-tecnológico y las capacidades industriales. Por esas razones, es hora de que Colombia entre de lleno en ella. La diplomacia de la ciencia debe ser uno de los pilares en el futuro cercano de las embajadas y consulados colombianos. 🌐

Bibliografía

- Gluckman Peter y Vaughan Turekian. 2020. “Rebooting Science Diplomacy in the Context of COVID 19”. *Issues in Science and Technology* (junio).
- Posada-Swafford, Ángela. 2020. “Es hora de que Colombia dé el salto a la diplomacia científica”. *El Tiempo*, Geopolítica, 17 de agosto.
- Pyenson Nick y Alex Dehgan. 2020. “We need more scientists in the US diplomatic corps”. *Scientific American* (noviembre).
- The Royal Society. 2010. *New Frontiers in Science Diplomacy-Navigating the Changing Balance of Power*. Londres: AAAS. https://royalsociety.org/~media/royal_society_content/policy/publications/2010/4294969468.pdf